

El sangriento fraude de los ‘protectores’ de la vida silvestre

por Allen Douglas

“¡Pum! El disparo del rifle da en el blanco, y una madre rinoceronta muere. Su hijito, ahora abandonado, queda también condenado a muerte. Mientras se lleva casi a la extinción a otra de nuestras especies amenazadas, crece la sed de sangre de los cazadores”.

—Circular del 17 de julio de 1987 del World Wildlife Fund, que condena a “los orgullosos hombres del Oriente Medio” por su “desperdicio criminal e ignorante” del rinoceronte, pues usan cuernos de rinoceronte tallados como mangos de sus cuchillos ceremoniales.

En enero de 1961, unos cuantos meses antes de fundar la “nueva Arca de Noé” —el World Wildlife Fund (WWF)— dizque para salvar a las especies animales en peligro, el príncipe Felipe acompañó a la reina Isabel de Inglaterra a una gira por la India. Entre las diversiones que un rajá de Jaipur le ofreció a la comitiva real, estuvo una cacería de tigres. Desde una plataforma montada sobre los árboles, lejos del peligro, el príncipe Felipe mató a uno de los famosos tigres de la India, atraído por unas cabras que el rajá había hecho amarrar a una estaca. La foto de Felipe, muy orondo de pie al lado de su víctima, un tigre de unos tres metros de largo desde la nariz hasta la cola, causó una protesta mundial.

Consternado, el consorte real continuó su gira. Llegó a Katmandú con una llamativa venda en el dedo índice y explicó que, a causa de una herida, no podría participar en la “tradicional cacería” real, pero que iría de acompañante. Felipe e Isabel anduvieron encaramados en dos de los 300 elefantes que se usaron para perseguir a los animales. La reina andaba por todos lados tomando fotos. Se cazaron varios tigres ese día, pero ninguno se le atribuyó oficialmente a Felipe. Tampoco se le dio crédito oficialmente por otro animal que mató ese día, un rinoceronte de la India, animal muy raro. Tan sólo quedaban 250 de ellos en el mundo, después de que los cultivadores británicos de té casi los extinguían completamente para abrir tierras al cultivo.

Cuando los elefantes avanzaban, una rinoceronta y su cría quedaron atrapadas dentro del círculo de elefantes. Lord Alex Douglas-Home, uno de los que acompañaban a la pareja real, conocido por ser uno de los mejores tiradores de Inglaterra, disparó cerca del animal con el propósito de asustarlo para que se fuera. Pero la rinoceronta se le atravesó a Felipe. “Para horror de todos, Felipe le disparó”, le dijo Ian Mac-

Phail, primer director internacional de apelaciones del WWF, a un grupo de filmación de la Gran Bretaña. La aterrizada cría de la rinoceronta se escapó por entre las piernas de los elefantes. MacPhail afirmó que “debió haber muerto también: era demasiado joven para sobrevivir por su cuenta”.

Todo el asunto se mantuvo en secreto, explicó MacPhail, porque ya estaban en marcha los planes para fundar el WWF. “Yo fui uno de los que encubrió el hecho”, le contó a los cineastas en 1990, pensando que el mayor bien era salvar a varias especies animales en su totalidad. Reflexionando sobre el fracaso del WWF al respecto en las tres décadas anteriores, concluyó: “Pero con gran pesadumbre tengo que informar que estaba equivocado. Los rinocerontes, los elefantes y el panda no se embarcaron, y la nueva Arca de Noé partió sin ellos”.

La conducta personal de Felipe distingue también al WWF. Desde 1961, el WWF ha dirigido y, en muchos casos, organizado y costado (incluida la compra de armas) la matanza sistemática, casi hasta la extinción, de las especies más importantes de las cuales se autoproclamó protector. Y, so capa de proteger a los animales, ha usado buena parte de los varios cientos de millones de dólares que ha recabado hasta la fecha, para financiar el asesinato de seres humanos, en particular en la parte de África al sur del Sahara.

En todo lo que sigue se debe entender que el WWF ha sido desde el principio el feudo personal de Felipe, quien supervisa sus operaciones hasta en los más mínimos detalles. Sir Peter Scott, uno de los fundadores y por mucho tiempo presidente del WWF, la explicó a *EIR* en una entrevista efectuada a comienzos de los ochenta, por qué el príncipe Bernardo fue el primer presidente internacional del WWF, en lugar de Felipe: “Cuando iniciamos el WWF, un presidente británico se hubiera visto demasiado colonialista”. Pero, subrayó Scott, fue Felipe, y no su amigo el príncipe Bernardo, quien comandaba todo. Así lo han corroborado otros miembros de la jerarquía del WWF. Charles de Haes, veterano director general del WWF, le dijo a un periodista: “El príncipe Felipe es inteligente, posee conocimientos notables. Ha participado en el WWF desde que se fundó en 1961. Es increíblemente activo. Preside todas las reuniones del comité ejecutivo. Tiene que ver con todos los aspectos de los planes”. La doctora Anne Schiotz, del WWF, agregó: “El duque de Edimburgo dedica quizás la cuarta parte de su tiempo al

WWF; es algo notable”.

Al WWF se le conoce por su propaganda en defensa de cuatro especies animales, las cuales estaban en condiciones mucho mejores en 1961 que en nuestros días. Dos de ellas, el panda y el rinoceronte negro de Africa, están al borde de la extinción; las otras dos, el elefante africano y el tigre de la India, van por el mismo camino.

Muchas veces en los 33 años pasados se le ha llamado la atención al WWF, a menudo por informes que el mismo WWF ha solicitado, de la cercana extinción de varias especies animales. En cada ocasión, el WWF ha ocultado la información, algunas veces de manera brutal. Tres de los informes más importantes son los siguientes:

El “Informe Marfil Negro”. En 1972, sir Peter Scott, fundador del WWF, comisionó a Ian Parker, un gran cazador (legal) que vivía en Nairobi, para que examinara el floreciente y lucrativo comercio ilegal de partes de animales como colmillos de elefantes, cuernos de rinoceronte, etc. Entre otras cosas, Parker descubrió que la familia del presidente de Kenia, Jomo Kenyatta, participaba ampliamente en el tráfico ilegal de partes de animales y que su hija Margareth, quizás a espaldas del anciano presidente, era la secretaria de una compañía que vendía cuernos de rinoceronte y colmillos de elefante al Oriente Medio, comercio que es probablemente lo que más ha diezmando las grandes especies animales de Kenia. Parker también mencionó a varios de los más importantes “conservacionistas” de Kenia entre los cazadores ilegales.

Unas cuantas horas de haberle entregado el informe a Scott, Parker fue capturado, llevado a la famosa estación policíaca de Langatta Road, donde lo golpearon por tres días y se le advirtió que no dijera nada sobre lo que había escrito o asesinarían a su esposa. El informe, que hasta ese entonces era la mejor indagación que se había hecho sobre la matanza de animales salvajes de Africa, se mantuvo escondido 17 años, hasta que Kevin Dowling, cineasta irlandés, lo desenterró para usarlo en su aguda denuncia del WWF, la película *Ten Pence in the Panda*, producida para la red Independent Television, de la Gran Bretaña.

Por los mismos días en que Parker fue vapuleado, el príncipe Bernardo, en ese entonces presidente internacional del WWF, le otorgaba a Kenyatta la “Orden del Arca Dorada”, creada especialmente para él, por “salvar al rinoceronte”. Bernardo sabía muy bien que un gran número de animales había desaparecido durante el mandato de Kenyatta, porque Bernardo había recibido un ejemplar del Informe Marfil Negro (y hasta firmó el recibo). Cuando corrió la voz de que Bernardo tenía tan escandaloso informe, el director general del WWF, DeHaes, alegó que no era un informe oficial del WWF, sino que se trataba simplemente de una “investigación privada” de Bernardo.

El Informe Phillipson. A fines de 1989, el profesor John Phillipson, de la Universidad de Oxford, completó una auditoría interna, solicitada por el WWF, sobre la efectividad

de la organización. El informe de Phillipson, de 252 páginas, del cual por primera vez se publican algunos fragmentos precisamente en este artículo, es una severa condena a la incompetencia y los disparates del WWF. Concluyó que lo que menos sabía hacer el WWF es lo que había escogido como su misión: salvar a especies determinadas. Apenas recibió una copia del informe, Felipe le envió un memorando secreto al director general DeHaes, en el que solicitaba que se le pidiera a Phillipson que moderara el tono de su informe y que, si se negaba, se ocultaran las partes claves del mismo.

Operación Cerrojo. En 1987 el WWF autorizó un “esfuerzo de emergencia para salvar al rinoceronte”, con financiación copiosa, llamado Operación Cerrojo. La premisa de esta operación extremadamente secreta era organizar la infiltración, a partir de una base en Sudáfrica, de las redes de contrabando de animales del continente con el propósito de poner alto a la matanza de animales. Se recopiló una gran cantidad de información sobre este asunto. Pero, de nuevo, no se hizo nada con la información, excepto esconderla.

Por supuesto, como muchos conservacionistas observaron en ese entonces, tratar de impedir la caza ilegal “en la fuente” era una propuesta ridícula, parecido a tratar de impedir el tráfico internacional de drogas mediante la encarcelación de los vendedores de drogas al por menor, sin tocar para nada a los banqueros que financian el comercio y lavan sus cientos de miles de millones de dólares. El centro del comercio de partes de animales cazados ilegalmente era, al igual que el centro del narcotráfico, la colonia británica de Hong Kong.

¿Salvar a los animales?

Revisemos algunos de los más lucrativos y propagandizados esfuerzos del WWF para “salvar” especies animales. Contrastar esos esfuerzos de lo que podría parecer simplemente una banda de chambones con la misión más delicada que llevara a cabo el WWF, la Operación Cerrojo, deja al descubierto el verdadero propósito del WWF.

El panda. Cuando se formó, en noviembre de 1961, el WWF proclamó que tenía la solución para impedir la extinción de muchas especies: “Hay tan sólo una esperanza para ellos, simbolizada por el adorable panda gigante. *El* se salvó de la extinción porque el hombre actuó a tiempo. Ahora el panda es el emblema de una cruzada mundial para derrotar al diluvio del siglo 20: la cruzada del World Wildlife Fund”.

El WWF sostenía que la “reproducción científica” había salvado al panda, método que ahora se debía aplicar a todas las demás especies. Después de recabar fondos por 23 años a costillas del atractivo animalito, el WWF descubrió de repente que éste también estaba en peligro de extinción. En 1987, Felipe lanzó una nueva campaña para recabar más fondos para “salvar al panda”.

Phillipson examinó los esfuerzos del WWF, que incluye la “reubicación” de miles de campesinos chinos pobres cuyas viviendas estaban en la “habitación” del panda, así

como la construcción de un costoso laboratorio para tratar de hacer que los pandas procrearan. Tras notar que el WWF había gastado desde el año 1980 4.493.021 francos suizos en ocho proyectos, Phillipson observó que “a pesar de un equipo de 43 personas (23 de las cuales eran supuestos científicos), la reproducción de los panda no ha tenido éxito y el resultado de la investigación es insignificante. . . Los laboratorios, equipados a un costo de 530.000 francos suizos, son verdaderamente imprácticos. . . La ausencia de asesoría competente, la falta de adiestramiento del personal y la mala dirección

Desde una plataforma montada sobre los árboles, lejos del peligro, el príncipe Felipe mató a uno de los famosos tigres de la India, atraído por unas cabras que el rajá había hecho amarrar a una estaca. La foto de Felipe, muy orondo de pie al lado de su víctima, un tigre de unos tres metros de largo desde la nariz hasta la cola, causó una protesta mundial.

han producido un laboratorio ‘moribundo’. . . La conclusión obvia tiene que ser que el WWF no ha sido efectivo o eficiente en salvaguardar sus grandes inversiones. . . y que los socios del WWF se desanimarían al darse cuenta que el capital que han aportado virtualmente ha desaparecido”.

Finalmente, escribió Phillipson, “se tiene que aceptar que las actividades del WWF en China están en un gran desorden. . . La política de ampliar la participación del WWF para ocuparse de otros intereses ha sido, a mi juicio, contraproducente, y, en vista de la práctica suspensión del apoyo a todas las investigaciones relacionadas con el panda, equivale a abandonar la responsabilidad por el tan propagandizado ‘programa del panda’ ”.

Después de 30 años de recabar fondos a costa del panda, el príncipe Felipe se vio obligado a reconocer en 1990 que el panda está “probablemente condenado a desaparecer”.

El elefante. El estudio que hiciera en 1980 E. Caughey, connotado ecólogo especializado en población animal, concluyó que había tres millones de elefantes en África al principio de la década de 1950. Según todos los datos conocidos, el número de elefantes disminuyó poco o nada durante el período colonial, es decir, hasta la política de los “vientos de cambio”, proclamada en 1960 por Harold MacMillan, primer ministro británico, en vísperas de que se fundara el WWF. El primer conteo sistemático, realizado en 1976 por Ian Douglas-Hamilton, conservacionista escocés que vivía en Kenia, encontró 1.300.000 elefantes vivos.

Durante toda la década de 1970 y la mayor parte de la década de 1980, el WWF obstinadamente sostuvo que no había “crisis del elefante” y combatió todos los esfuerzos de varios conservacionistas para prohibir el comercio del valioso marfil del animal. Cuando el WWF proclamó 1989 “el año del elefante”, sostenía que había todavía 750.000 elefantes, un número que tuvo que bajar a 650.000 dada la creciente evidencia. Sin embargo, un censo hecho en 1988 por Pierre Pfeffer, ex presidente del WWF en Francia, que fue obligado a renunciar, encontró que tan sólo había 400.000 elefantes. Ese número bajó aún más cuando varios expertos entrevistados en la película británica *The Elephant Man*, en 1989, hablaron sobre la amenaza de extinción de la gran bestia.

De nuevo, el WWF hizo su parte. En 1963, Peter Scott, jefe del WWF internacional, en un informe para la Junta Administradora de Parques Naturales de Uganda, recomendó “eliminar” 2.500 elefantes. Para el trabajo se contrató al cazador Ian Parker, que de paso aniquiló 4.000 hipopótamos en la misma operación. Scott recomendó la matanza siguiendo la típica premisa malthusiana de que debido a la “sobrepoblación” era necesario matar muchos individuos para “salvar la especie”. En realidad, tal como después se demostró, Scott quería crear una gran hacienda que produjera caoba precisamente en los bosques donde los elefantes se alimentaban, y éstos eran un estorbo.

Mientras que Parker mataba elefantes, varios de los directores del WWF le sacaron buen provecho al asunto. Scott le avisó a lord Aubrey Buxton, uno de los fundadores del WWF y caballero suplente del príncipe Felipe, que la matanza iba a ocurrir. Buxton, jefe de la organización Survival Anglia, productora de algunos de los más famosos “documentales de la naturaleza”, y en cuya junta directiva estaba también Scott, filmó la carnicería.

A principios de los setenta, la inteligencia británica llevó al poder al sanguinario Idi Amin Dada, que gobernó hasta 1979. El gobierno británico observó complaciente cómo Amin mataba a muchos miles y miles de elefantes más.

Hoy en día quedan en Uganda menos elefantes que los que Scott le ordenó ejecutar a Parker.

En 1975, la African Wildlife Leadership Foundation, fundada por Russell Train, presidente del WWF de los Estados Unidos, contrató a Parker para que matara prácticamente a todos los elefantes de Ruanda, con el argumento de que los ruandeses no podrían proteger simultáneamente a los gorilas de las montañas y a los elefantes, así que los elefantes tenían que morir. Una de las asistentes de la experta en gorilas Diane Fossey denunció posteriormente que a los elefantes los mataron porque la tierra donde vivían era ideal para producir piretro, de donde se obtiene la piretrina, un insecticida natural “no contaminante”. Después de unos cuantos años se descubrió un sustituto artificial de la piretrina, y la producción de piretro se acabó. Ya sin bosques, las laderas altas donde los elefantes vivían perdieron su capa vegetal por la erosión, mientras que los ríos se sedimentaron y causaron inundaciones.

En 1986, el ex combatiente rodesiano Clem Coetzee recibió la medalla de honor del WWF de manos de su director general, DeHaes, por haber supervisado una campaña en la que se mataron 44.000 elefantes en Zimbabue. Según el WWF, esto era necesario para “proteger el ambiente” de los “atestados” parques nacionales de Zimbabue. DeHaes calificó la obra de Coetzee de “modelo para toda Africa”.

Mientras que otros grupos conservacionistas del mundo advertían de la grave situación del elefante y pedían la prohibición del comercio de marfil, el WWF todavía seguía diciendo que la situación era buena. Cuando el WWF, tardíamente, hizo sonar la alerta al declarar 1989 “el año del elefante”, su ayuda a los elefantes de Uganda fue de lo más curiosa. Con fondos obtenidos mediante campañas melodramáticas “para salvar a Nell, el elefante”, el WWF montó un campamento para rescatar a grandes animales al cual se llevó mucho equipo paramilitar. Este campamento estaba en las cercanías de la cordillera de la Luna en la frontera con Ruanda, a pesar de que prácticamente todos los elefantes de Uganda se encontraban en el parque Murchison, a unos 1.600 kilómetros de allí. Pero fue desde esta zona desde donde el Frente Patriótico de Ruanda invadió Ruanda poco después.

El rinoceronte negro. El WWF se lanzó en Londres el 6 de octubre de 1961 con una edición sensacionalista del diario *Daily Mirror*. Prácticamente toda la primera plana del periódico la ocupaban el titular: “Condenado, por la insensatez, la codicia y la incuria del hombre”, y una gran foto de una rinoceronta negra. Tan sólo 100.000 “rinocerontes miopes y adorablemente feos”, como Gertie —así fue bautizada— con uno de sus hijos al pie, sobreviven en la selva, se enteraron los lectores del *Mirror*. Los rinocerontes disminuían rápidamente y, para poder salvarlos en el problemático porvenir, todo el hato africano tendría que “manejarse científicamente”.

El apoyo de los lectores del *Mirror*, en su mayoría familias trabajadoras, llegó en abundancia. Las viudas enviaron dinero de sus pensiones y los niños monedas de sus alcancías. En total, se recaudaron 45.000 libras esterlinas, suma respetable para ese entonces. El WWF obtuvo así “una base de seguridad financiera”, y pudo despegar. (No obstante que no gastó prácticamente nada para salvar al rinoceronte en sus 10 primeros años y patrocinó tan sólo dos programas relacionados con el rinoceronte en las primeras dos décadas de existencia.) Pese a todas sus ruidosas campañas de propaganda sobre la suerte del rinoceronte, de los 110 millones de dólares (libras de impuestos) que había recaudado hasta 1980 para “salvar al rinoceronte negro salvaje” el WWF había gastado apenas 118.533 francos suizos en programas relativos. Mientras tanto, la población del animal había decrecido en 95,5 por ciento. Y cuando el WWF finalmente patrocinó proyectos relacionados con el rinoceronte, los rinocerontes murieron o, en el mejor de los casos, fueron enviados a zoológicos, pero más a menudo a granjas privadas. Hoy, prácticamente ya no hay rinocerontes negros en la selva.

Para ilustrar el trabajo del WWF en favor de “las bestias adorablemente feas” damos enseguida algunos ejemplos de

los programas que tan agudamente criticó Phillipson en su informe.

En 1965, un residente de Kenia le dio al WWF 36.300 francos suizos para trasladar seis rinocerontes blancos desde Natal, Sudáfrica, al Parque Natural de Meru, Kenia, el cual, según el informe del WWF correspondiente a 1965–67, “se pensó que tenía el habitat natural correcto” para esos animales.

“El proyecto”, escribió Phillipson, “estuvo mal concebido y era injustificable desde el punto de vista conservacionista; el rinoceronte blanco del sur nunca, al menos en épocas históricas, vivió en Kenia: más aún, no hay evidencia de que el rinoceronte blanco del norte haya recorrido jamás las tierras que ahora constituyen las 87.044 hectáreas del Parque Nacional Meru. Se tiene que suponer que a mediados de los sesenta el WWF era científicamente incompetente, o estaba hambriento de publicidad, o ansioso de conseguir dinero, o estaba indebidamente influenciado por gente de peso pero científicamente ingenua”.

Phillipson concluyó: “El programa finalizó abruptamente en noviembre de 1988, quizás misericordiosamente ya que eliminó una permanente causa de vergüenza. En un acto de desafío, cazadores ilegales rebeldes de Somalia mataron a todos los rinocerontes blancos que quedaban, un final desafortunado para los rinocerontes pero, sin duda, un gran alivio para los conservacionistas preocupados. El proyecto 0195 no es un proyecto que el WWF pueda recordar con orgullo”.

Tampoco lo es el proyecto 917, en el cual 85 “rinocerontes excedentes” de Natal fueron embarcados para Mozambique, todos los cuales murieron.

Tampoco lo es el programa del rinoceronte emprendido en el Parque Nacional del Lago Nakuru, en Kenia. La mitad del dinero que el WWF gastó en Kenia se dirigió a lo que se llama “administración de la zona protegida” de este parque. A finales de los ochenta, el WWF decidió transformar este parque, originalmente concebido como un parque para aves, con cientos de miles de flamencos y muchas otras variedades de aves tropicales que se reproducen en el lago y en sus alrededores, en un parque para rinocerontes, en el que se pondrían los últimos rinocerontes que quedaban en Kenia. Diecisiete rinocerontes negros fueron trasladados y encerrados en un corral con verja electrificada. Pronto se hizo evidente que el programa era un completo desastre. Tal como lo comentó Phillipson con ironía mordaz:

“La lógica con la que se escogió a Nakuru para que permanecieran los rinocerontes negros sigue siendo un misterio. Aproximadamente la tercera parte del parque es un lago y otra tercera parte es un prado abierto, verdaderamente inapropiado en una situación normal, como residencia del rinoceronte. . . . Escoger a Nakuru era una necesidad. ¿Qué valen las excursiones a pie para observar las aves ahora que un rinoceronte puede estar detrás del siguiente arbusto? Después de todo, el parque fue creado para las aves”.

Si el WWF no ha estado salvando especies en peligro de extinción, como claramente queda demostrado, entonces,

¿en qué ha gastado sus cientos de millones de dólares? El examen de la Operación Ciudadela y su hermana la Operación Cerrojo, otros dos programas dizque para “salvar al rinoceronte”, nos darán la respuesta.

Operación Ciudadela

Financiada con un millón de francos suizos y coordinada con la Operación Cerrojo, la Operación Ciudadela estaba dirigida supuestamente a permitirle al Departamento de Parques Nacionales y Administración de la Vida Silvestre de Zimbabwe salvar 700 rinocerontes negros que quedaban en el valle de Zambesi, la mayor población de esta especie que quedaba en la selva africana. Glen Tatham, jefe de los guardabosques, hizo una gira por los Estados Unidos anunciando que, con la ayuda del WWF, él y sus guardabosques “nos iremos a la guerra” contra los cazadores ilegales que supuestamente atravesaban la frontera desde Zambia.

El 10 de noviembre de 1988, Tatham y dos de sus ayudantes fueron encausados por asesinato en Zimbabwe. Se les acusó de haber atraído con engaños a varios cazadores ilegales; cuando éstos llegaron al lugar convenido, fueron asesinados en una emboscada, sin previo aviso de los guardabosques. Pronto se denunció en un debate parlamentario que Tatham y su grupo habían asesinado a 70 cazadores desde comienzos de 1987. Apresuradamente se aprobó en el parlamento una ley que le dio a los guardabosques inmunidad civil y penal por las muertes o heridas que causaren en el cumplimiento de sus obligaciones. Diez parlamentarios se opusieron a la ley porque “legalizaría el asesinato”. Como dijo Mica Bhebe, uno de los opositores: “Les estamos dando carta blanca para matar gente”.

Las cifras oficiales muestran que entre julio de 1984 y septiembre de 1991, fueron asesinados 145 “cazadores”. La gran mayoría de los 84 que murieron en el valle de Zambesi fueron atacados desde un helicóptero del WWF tripulado por personas al servicio del WWF. Según las cifras del Departamento de Parques, de las 228 personas muertas o aprehendidas, se recogieron apenas 107 armas. Dado que se informó que otras 202 personas huyeron, algunos con heridas graves, quedando algunos incapacitados para llevarse sus armas, quiere decir que Tatham y sus compinches no pudieron capturar las armas del 75 por ciento de las personas muertas, capturadas o que huyeron de sus operaciones. Esto provoca serias dudas sobre si en realidad los ataques de los guardabosques estaban dirigidos contra cazadores armados. Según varios de los entrevistados por el equipo que filmó la película *Ten Pence in the Panda*, algunos de los muertos en realidad pertenecían al ala militar del Congreso Nacional Africano (CNA).

¿Y qué le pasó al rinoceronte?

Desde el momento en que se acordó poner en práctica el programa, en febrero de 1987, la meta del WWF era “reubicar los rinocerontes capturados en el valle a otras áreas más seguras”. Drogados e inmovilizados, los rinocerontes fueron enviados a granjas privadas de Zimbabwe y otras partes de Africa, y a los Estados Unidos y a Australia. En otras pala-

bras, el WWF pagó para asesinar seres humanos, para poder destruir el último hato vivo de rinocerontes del mundo. Además de las inmensas ganancias obtenidas por intereses privados ligados al WWF, las razones de la “reubicación” rápidamente se hicieron evidentes. Resulta que el Fondo Monetario Internacional (FMI), que entonces ordenaba la “reestructuración” de la economía de Zimbabwe, había ordenado que se establecieran haciendas ganaderas en el valle de Zambesi, en la región habitada por los rinocerontes, para suministrar carne a la Comisión Económica Europea. Después que se reubicaron a los rinocerontes, escuadras de exterminadores de animales se trasladaron al valle y mataron multitud de elefantes y por lo menos 5.000 búfalos, además de otros animales menores, para hacerle espacio a la hacienda ganadera que quería el FMI. En julio de 1989 se exhibió el ganado en una feria en Bulawayo. Se descubrió que los animales tenían fiebre aftosa, los europeos cancelaron sus contratos, y Zimbabwe quedó con una gran deuda y sin rinocerontes.

Operación Cerrojo

A finales de 1989 y principios de 1990, estalló un escándalo en la prensa europea y la prensa británica que amenazó con causarle un enorme daño a los oligarcas verdes del WWF. Una de las operaciones más secretas del WWF, con el nombre en clave de Operación Cerrojo, supuesto intento de salvar al rinoceronte mediante el envío de agentes del escuadrón de élite de los Servicios Aéreos Especiales (SAS) de Gran Bretaña al sur de Africa para infiltrar, denunciar y neutralizar a los carteles del tráfico de partes de animales salvajes, había fallado completamente.

Un millón de libras esterlinas desapareció, y parece que el grupo del SAS empezó a traficar con partes de los animales, en particular, cuernos de rinoceronte y marfil, es decir, lo que supuestamente iba a combatir. También hubo, al igual que en la Operación Ciudadela, un creciente número de “cazadores” muertos, según los rumores.

El WWF preparó a toda prisa su propia versión de los hechos. En 1986, dijeron, el príncipe Bernardo y John Hanks, nuevo jefe del programa del WWF para el Africa, se alarmaron, después de una gira por Africa, de lo rápido que disminuía el número de rinocerontes. Ambos planearon despachar al Africa un equipo de asesinos y saboteadores bien adiestrados del SAS para que combatiera el problema por medios no ortodoxos. Sin conocimiento del WWF, el príncipe Bernardo aportó al proyecto cuando menos 500.000 libras esterlinas que obtuvo al vender una muy valiosa pintura, y así arrancó. Era completamente desconocido, dice el cuento del WWF, para la sede principal del WWF en Gland, Suiza, aunque Bernardo era en ese momento presidente del WWF de los Países Bajos y de otras dos organizaciones nacionales del WWF.

El grupo del SAS, que para este propósito se organizó en una compañía llamada KAS Enterprises Ltd, estaba dirigido por David Stirling, legendario fundador de los regimientos del SAS de Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mun-

dial, y veterano de docenas, o quizás cientos, de operaciones especiales en toda África y el Oriente Medio en la posguerra. Stirling escogió las iniciales KAS para recordar una operación suya anterior llamada Capricorn Africa Society (Sociedad Capricornio de África), cuyo propósito, según sir Phillip Kerr, era “mantener el apartheid con una capa de almíbar”. El tesorero de la Sociedad Capricornio fue Mervyn Cowie, que concibiera el sistema de parques naturales de Kenia y amo del grupo terrorista Mau Mau, mientras que su principal publicista fue Elspeth Huxley, esposa de Gervas Huxley, sobrino de Julian Huxley.

Curiosamente, las revelaciones más detalladas sobre la Operación Cerrojo, obviamente apoyadas en documentos internos del WWF, se publicaron en el boletín *Africa Confidential*, considerado en África y en otras partes del mundo como una operación del MI-5 y que fuera fundado en el departamento de Stirling en Londres.

Según lo definieron *Africa Confidential* y su director, quien se salió de la revista en ese momento y escribió varios artículos sobre la Operación Cerrojo que se publicaron en la prensa británica y holandesa, el asunto era: ¿Quiénes en la burocracia del WWF sabían de ese plan loco y criminal, y cuándo se dieron cuenta? ¿Se trataba de otra operación “extraoficial” de Bernardo, como supuestamente lo fue el “Informe Marfil Negro”, o se trataba de una acción oficial del WWF?

Pronto se supo que, en contra de las mentiras de los dirigentes del WWF, incluido su director DeHaes, desde el principio toda la operación fue una decisión oficial del WWF, y que la descripción del plan (después calificado de “error”) hablaba explícitamente de la compra de armas. En la oficina internacional del WWF en Gland hubo expedientes titulados “Unidades contra la caza furtiva”, referidos a operaciones costeadas por el WWF.

Aunque escandalosas, las varias denuncias no llegan al verdadero meollo de la Operación Cerrojo.

Primero, como lo sabe bien cualquiera que esté familiarizado con los parques africanos, los principales cazadores ilegales son por lo común los propios guardias, a menudo financiados y armados por el WWF. Segundo, el hombre a quien Bernardo confió —según las diferentes versiones de lo ocurrido— la delicada tarea de “salvar al rinoceronte” era no solamente el que fundó el SAS y que tenía una gran experiencia en la ejecución de operaciones clandestinas en África, sino que además había sido el Gold Stick en la coronación de la reina Isabel II en 1952. Aristócrata escocés, anglocatólico y educado en el monasterio benedictino de Ampleforth, junto con lord Buxton, caballero suplente de Felipe, y con otros elementos del WWF, Stirling fue escogido para el extraordinario honor, codiciado por la nobleza británica, de ser el defensor personal del cuerpo de la reina, la jefa de la iglesia protestante de Inglaterra. Y, al igual que todos los hombres del SAS, del MI-5 y el MI-6, y el regimiento real de la caballería, Stirling juró su lealtad a la persona del monarca, y no al Estado británico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Stirling, al servicio de la Corona británica, llevó a cabo docenas de las operaciones político-militares más delicadas. Stirling fue amigo personal de la reina madre, Elizabeth Bowes-Lyon, ella también integrante de la crema y nata de la aristocracia escocesa. El anciano Stirling escogió como jefe operativo de la KAS al teniente coronel Ian Crooke.

Crooke era también una leyenda. Condecorado con la Orden de Servicios Distinguidos por sus servicios durante la

Las cifras oficiales muestran que entre julio de 1984 y septiembre de 1991, fueron asesinados 145 “cazadores”. La gran mayoría de los 84 que murieron en el valle de Zambezi fueron atacados desde un helicóptero del WWF tripulado por personas al servicio del WWF.

guerra de las Malvinas, fue el encapuchado “hombre del balcón” que dirigió el grupo de SAS que asaltó la embajada de Irán en Londres en mayo de 1980 y cuya foto recorrió el mundo entero. Alastair, su hermano, fue funcionario consular británico en Islamabad, Paquistán, y quien se encargó de armar a los muyajedines de Afganistán. Nish Bruce, el número dos de Crooke en la Operación Cerrojo, se dice que fue el soldado británico más condecorado de la guerra de las Malvinas. (Curiosamente, la hija de lord Buxton, fundador del WWF, estaba justamente en las islas Malvinas, “observando aves”, cuando estalló el conflicto.) Otros miembros del grupo de la KAS habían prestado servicios en Irlanda del Norte y eran especialistas en capturar a los miembros del Ejército Republicano Irlandés (IRA).

Así que la unidad que se creó para “detener la caza ilegal” comprendía a varios de los elementos de la élite misma de las fuerzas especiales británicas. Crooke era en ese entonces jefe del regimiento 23 del SAS, la unidad de medio tiempo del SAS que se usa, como se usan docenas de empresas “privadas” de seguridad en Londres como las del propio Stirling, para ejecutar operaciones ordenadas por el gobierno de Su Majestad, pero que éste prefiere negar. Que la Operación Cerrojo fue política oficial del gobierno es obvio: la cadena de mando del WWF conduce directamente al príncipe Felipe, el consorte de la reina; y Stirling incluso admitió ante la prensa que se mantenía en contacto con el Ministerio de Defensa y el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña. Un miembro del SAS familiarizado con la Operación Cerrojo informó que en la taberna favorita del SAS brindaban frecuentemente por la salud de la Reina Madre,

mientras que otro que participó en la Operación Cerrojo afirmó por escrito que en el consorcio de los que apoyaron financieramente la Operación Cerrojo participó la Reina Madre. Otro que apoyó la Operación Cerrojo fue Laurens van der Post, tutor del príncipe Carlos y, en ese entonces, el principal consejero de la primera ministra Margaret Thatcher sobre asuntos del África.

¿Qué era la KAS en realidad?

Qué curioso que se escogiera a Stirling para salvar la vida silvestre africana. Stirling estaba muy ligado, entre otros famosos traficantes de productos animales africanos, a la

Así que la unidad que se creó para “detener la caza ilegal” comprendía a varios de los elementos de la élite misma de las fuerzas especiales británicas. Crooke era en ese entonces jefe del regimiento 23 del SAS, la unidad de medio tiempo del SAS que se usa, como se usan docenas de empresas “privadas” de seguridad en Londres como las del propio Stirling, para ejecutar operaciones ordenadas por el gobierno de Su Majestad, pero que éste prefiere negar.

organización guerrillera Unita, dirigida por Jonas Savimbi, que en 1988 admitió que sus hombres mataron a unos 100.000 elefantes para financiar su guerra contra el gobierno del MPLA en Angola. Más aún, documentos internos de la KAS demostraron que la compañía de Stirling tenía planeado obtener grandes ganancias con la venta de marfil, cuernos de rinocerontes, etc, actividad que supuestamente iban a combatir. Bajo el mando de Crook, 25 veteranos del SAS construyeron en Pretoria una fortaleza dotada de computadores avanzadísimos e importaron (ilegalmente, ya que entonces había embargo en contra de Sudáfrica) grandes cantidades de armamento moderno. Pero, si no se dedicaban a salvar a los rinocerontes, ¿que era entonces lo que hacían?

Sydney Sekarayami, ministro de la seguridad nacional de Zimbabwe, tenía cierta idea. Según dijo el periódico holandés *de Volkskrant* el 24 de agosto de 1991, Sekarayami “dijo francamente en público que sospechaba que la KAS era una cubierta para desestabilizar el sur de África”. Muchos

otros funcionarios de gobiernos, incluso funcionarios encargados de la protección de la vida silvestre en Kenia, Tanzania y Zambia, tuvieron sospechas de los hombres de la Operación Cerrojo y se negaron a trabajar con ellos. Rowan Martin, director de investigación del departamento de vida silvestre de Zimbabwe, no quiso cooperar con Crooke, quien salió de Johannesburg para visitarlo, porque Crooke era “vago respecto a sus patrocinadores y los objetivos de su misión”. También la pareció anormal que los de la Operación Cerrojo “parecían estar más interesados en la tecnología militar que en la vida silvestre. . . Insinuaban ciertos métodos verdaderamente irregulares”.

La Inteligencia Militar de Sudáfrica, al tanto de que los “anticazadores” eran obviamente una unidad de élite de la inteligencia británica, despachó a un agente para infiltrarlos. Crooke estableció contactos en Namibia y Mozambique, y con elementos de las fuerzas especiales y las instituciones de inteligencia de Sudáfrica. En guerra entonces con el Congreso Nacional Africano (CNA), la Organización del Pueblo de África Suroccidental (SWAPO) y los Estados vecinos de gobierno mayoritario, algunos sudafricanos blancos vieron en las capacidades de entrenamiento paramilitar de los británicos algo que podían aprovechar.

Desde su cuartel general de operaciones del parque Pila-nesberg, en Bophuthatswana, y en otros parques como el Etosha, en Namibia, y en los parques naturales en la tierra de los kangwana, en la frontera entre Sudáfrica y Mozambique, los agentes de KAS produjeron sus “unidades anticazadores”.

Entre esas unidades entrenadas por el grupo de Crooke hay una de importancia particular.

Desde antes de que Nelson Mandela saliera libre, en 1990, y hasta nuestros días, han muerto más de 10.000 sudafricanos negros como resultado de actos de violencia entre negros. Muchos observadores han atribuido esta carnicería a las acciones provocadoras de una misteriosa “tercera fuerza”, que no es ni el Congreso Nacional Africano ni su rival, el Partido Inkatha, de base zulú. Atacando a los grupos rivales, que luego se acusan entre sí, la tercera fuerza mantiene encendidas las llamas de la violencia. Tales actividades se deben confrontar con las de la unidad de Crooke en Namibia.

África Suroccidental, después que se le quitó a los alemanes en la Primera Guerra Mundial, se convirtió en un protectorado de Sudáfrica. En los ochenta, cuando la fuerza guerrillera del SWAPO, comandada por Sam Nujoma, libraba la guerra contra el gobierno dominado por los blancos y respaldado por Sudáfrica, las fuerzas especiales de Sudáfrica entrenaron a los famosos Koevoet, unidades negras de guerra especial, cuyo salvajismo era famoso. Crooke y su grupo reentrenaron a los Koevoet como “unidades anticazadores”. Al mismo tiempo, entablaron contactos con la entonces minúscula “unidad de combate al abigeato” de la policía de Sudáfrica.

A finales de junio de 1992, después de la escandalosa

matanza del 18 de junio en Boipatong, en la que matones de la “tercera fuerza” asesinaron a 39 personas e hirieron a muchas más, una unidad conjunta de la inteligencia del CNA, la Comisión Golstone (que investigaba la violencia) y una fuerza especial de la policía allanó las oficinas de la compañía Gold Fields, de propiedad británica. Allí, para sorpresa de todos, descubrieron una “unidad de combate al abigeato” de 40 hombres, casi todos veteranos de los Koevoet de Namibia que habían sido reentrenados. Según la revista sudafricana *Weekly Mail* del 26 de julio de 1992, “el Congreso Nacional Africano dice que tiene testigos que declararán ante la Comisión Goldstone sobre el papel de la unidad en la matanza de Boipatong”.

El presidente de Gold Fields era Rabin Pumbridge, egresado de Oxford y síndico de la Fundación Natura de Sudáfrica, afiliada al WWF. En palabras del *Weekly Mail*, “la presencia de una ‘tercera fuerza’ en una mina de propiedad británica tendrá grandes repercusiones internacionales”.

Aunque se habían gastado un millón de libras esterlinas, “como afirmó un empleado [de Operación Cerrojo], no hay prueba alguna de que el plan haya salvado un solo rinoceronte”, según informó el periódico holandés *de Volkskrant*.

John Hanks, enemigo de la población

El cuento de que el príncipe Bernardo y John Hanks llevaron adelante la Operación Cerrojo por su propia cuenta no tiene sentido, aunque Hanks sí jugó un papel fundamental en el asunto. Su carrera y especialidades dan una idea más clara de la operación. Hanks empezó su carrera de conservacionista tajando elefantes en un matadero de Zambia que producía carne para alimentar a los trabajadores de una mina del sur de África. Pasó algún tiempo en Rodesia, en donde, según sus propias palabras, trabajó para la inteligencia militar. A mediados de los setenta fue nombrado jefe de oficiales de la Junta Nacional de Parques en Pietmaritzburg, Natal.

Pero desde 1976 su gran preocupación fue reducir la población. En muchos discursos, desvarió que “muy pronto Durbán será peor que Bombay”. El problema, decía, “es que la mujer africana está entre las mayores reproductoras del mundo, con un promedio de 5,2 hijos por mujer”. Con tantas bocas qué alimentar, “se ejercen presiones sobre nuestros recursos naturales que no son sustentables y tan sólo conducirán a una degradación ambiental crónica”. En 1977, exigió que se aplicara “una política de control demográfico nacional”, y el uso indiscriminado de anticonceptivos, abortos y esterilizaciones.

En 1979, Hanks devino el primer director del Instituto de Recursos Nacionales de KwaZulú, fundado con una donación del banco K. E. Taubner Management Trust, nombrado así en honor de un miembro del Club 1001. Siguió especializándose en asuntos de población y fue miembro ejecutivo de la Asociación de Planificación Familiar de Sudáfrica. En 1986 fue nombrado jefe del programa africano del WWF.

Cuando se dio a conocer la Operación Cerrojo (o, por lo

menos, parte de ella), en 1990, esto le causó problemas, y Hanks tuvo que renunciar al WWF. Emitió una declaración el 4 de junio de 1990: “Mi participación en el plan se acabó cuando se acabaron los fondos del príncipe Bernardo al final de 1989. Estoy al tanto de que operaciones semejantes siguen en marcha, pero ya no tengo nada que ver”.

Posteriormente asumió el cargo de director ejecutivo de la Fundación Natura de Sudáfrica, brazo del WWF, lo cual fue catalogado por el príncipe Felipe como “una solución elegante” para la situación embarazosa de qué hacer con él. Sin embargo, el periódico holandés *de Volkskrant* informó el 24 de agosto de 1991 que Hanks “todavía trabaja en operaciones como la Operación Cerrojo, al igual que algunos ex soldados británicos que también participaron en el proyecto original”.

En realidad, como lo describió un documento secreto de la situación interna de la KAS, fechado el 31 de mayo de 1989, “la KAS debe aprovechar esta oportunidad de convertirse en el principal especialista en todas las formas de entrenamiento contra la caza ilegal en toda África”. El documento, posteriormente, afirma que “la experiencia obtenida hasta el momento en África Suroccidental y Namibia es invaluable”.

¿Quiénes son los cazadores ilegales?

El propósito declarado de la Operación Cerrojo y la Operación Ciudadela era “ponerle alto a los cazadores ilegales”. Pero, como lo demuestra el caso del cráter Ngorongoro—que cubre un área de 312 kilómetros cuadrados en Tanzania—, ¡es el propio WWF el que le paga a los que cazan ilegalmente!

A finales de los cincuenta, el doctor Bernard Grzimek, que sería luego uno de los fundadores del WWF y en ese entonces era director del zoológico de Francfort, realizó un censo animal en el cráter de Ngorongoro, e hizo un escándalo de que la vida silvestre estaba desapareciendo. Grzimek le echó la culpa a los pastores masai que pastoreaban sus rebaños en el área y que muy rara vez mataban a algún animal, salvo los leones que atacaban a sus rebaños. El resultado de la histeria de Grzimek y sus aliados, expresado especialmente en la película de Hollywood *Serengeti Shall Not Die*, fue que se le prohibiera a los pastores masai ingresar a grandes zonas del parque nacional en torno a cráter, su territorio tradicional.

En 1964, 108 rinocerontes fueron fotografiados y nombrado uno por uno, en lo que ha sido el censo animal mejor documentado en África. Se inició un programa del WWF para “salvarlos”. A pesar de que el WWF financió un programa de guardias, para 1981 tan solo había 20 rinocerontes. Ninguna de las tres unidades contra la caza ilegal capturó a un cazador en años. En ese año una testigo le dirigió una carta a las oficinas de la African Wildlife Leadership Federation de Nairobi, que da cierta idea sobre la causa de la desaparición del hato de rinocerontes. Informó en su carta que los guardias financiados con dinero del WWF habían matado dos machos y habían herido a una hembra, “todo a plena luz del día”. Y concluyó: “¿No es bastante claro lo que está pasando en el cráter?”.